

Prólogo

Tres de la madrugada. Su hora favorita. El cielo estaba oscuro, las calles desiertas, la mayoría de la gente dormida; como la mujer del dormitorio al final del pasillo. Se preguntó si estaría soñando y sonrió al pensar que su pesadilla estaba a punto de comenzar.

Se rió para sus adentros teniendo cuidado de no hacer el menor ruido: no tenía sentido despertarla antes de que hubiera decidido la mejor manera de proceder. Se la imaginó dando vueltas en la cama, incorporándose y observándolo mientras se acercaba a ella, moviendo la cabeza como solía hacerlo, mitad divertida y mitad displicente. Podía oír su voz grave y ronca teñida de desprecio: «Típico de ti —diría—, sin encomendarte a Dios ni al diablo, lanzándote sin haberte parado a pensar un plan».

Sólo que esta vez sí tenía un plan, pensó él mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza y se detenía un momento a contemplar su torso atlético, sus bíceps musculosos que asomaban por debajo de las mangas de la camiseta negra. Siempre se había preocupado mucho por su aspecto y ahora, a los treinta y dos años, estaba en mejor forma física que nunca. «Es lo que tiene la cárcel», pensó mientras volvía a reírse en silencio. Se volvió hacia la ventana abierta al oír un fuerte ruido: una inmensa hoja de palmera golpeaba el cristal de arriba. Se había levantado un viento fuerte que agitaba los visillos blancos en todas direcciones, haciendo que parecieran más bien estandar-

tes; su movimiento frenético le pareció una señal de apoyo, como si lo animaran. En el canal del Tiempo habían anunciado lluvias torrenciales en la zona de Miami de madrugada. «Setenta por ciento de posibilidades de fuertes tormentas con aparato eléctrico», había anunciado la atractiva presentadora rubia, pero ¿qué sabía ella? Se limitaba a leer lo que aparecía en la pantalla que le ponían delante y los imbéciles de los meteorólogos se equivocaban por lo menos la mitad de las veces. Mañana la rubita volvería a la carga con más predicciones poco fiables. Nunca se le pedían explicaciones a nadie. Cerró los dedos cubiertos con guantes de látex hasta formar con ellos una pistola y apretó el gatillo imaginario.

Esta noche, alguien sí que tendría que dar explicaciones.

Tres rápidas zancadas de sus pies enfundados en unas deportivas le bastaron para atravesar el parqué de la habitación; su cadera tropezó con una silla de respaldo alto que había olvidado que estaba ahí; blasfemó entre dientes —una retahíla de tacos variados aprendidos de su compañero de celda en Raidford— mientras cerraba la ventana. Inmediatamente, el murmullo suave del aire acondicionado sustituyó a los torturados aullidos del viento. Había conseguido entrar justo a tiempo gracias a esa ventana que había resultado ser tan fácil de abrir como siempre había sospechado que lo sería. A esas alturas, ella debería haber instalado ya el sistema de alarma antirrobo tal y como él le había aconsejado. Una mujer sola. ¿Cuántas veces le había dicho lo fácil que sería forzar esa ventana? En fin. «No digas que no te avisé», pensó recordando los tiempos en que se sentaban a beber vino —en su caso trasegar cerveza— alrededor de la mesa de aquel comedor. Pero incluso en aquellos primeros tiempos en que ella todavía era prudentemente optimista, aún así no había podido evitar darle a entender que su presencia en su casa era más tolerada que deseada; y cuando lo miraba, si es que se dignaba a mirarlo, movía la nariz ligeramente con un tic involuntario igual al que provoca una ráfaga pasajera de algún olor desagradable.

«Como si ella estuviera en situación de mirar a nadie por encima del hombro, levantando esa naricita altiva y desdeñosa», pensó él ahora, al tiempo que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad per-

mitiéndole distinguir los contornos del sofá y la mesa baja de cristal que ocupaban el centro de la habitación. Había que reconocerle que había decorado la casa muy bien. ¿Qué era lo que todo el mundo decía siempre de ella? Sí, eso: que tenía estilo. «¡Si por lo menos hubiera sido capaz de cocinar algo decente!», se burló recordando esos horribles comistrajos vegetarianos que trataba de hacer pasar por cenas. Joder, hasta la comida de la prisión era mejor que esa porquería espantosa. No era de extrañar que no hubiera sido capaz de buscar-se un hombre.

Aunque sobre eso también tenía sus dudas.

Entró en el pequeño comedor que había junto al cuarto de estar y recorrió con la mano la tapicería del respaldo de las sillas dispuestas en torno a la mesa ovalada de cristal. Mucho cristal en la casa, pensó esbozando una sonrisa mientras flexionaba los dedos de sus guantes de látex. No tenía intención de dejar la más mínima huella.

¿Quién dijo que siempre se lanzaba a hacer las cosas sin pensar?
¿Quién dijo que no tenía un plan?

Miró a su derecha en dirección a la cocina y pensó en ver qué había en la nevera, tal vez incluso en coger una cerveza, si es que ella todavía tenía cervezas en casa. Probablemente no, ahora que él ya no venía a menudo. Él era el único del grupo que bebía cerveza, los demás tenían una testaruda fijación con su chardonnay y su merlot, o lo que fuera la mierda esa que se empeñaban en beber. A él todo le sabía igual: ligeramente avinagrado y metálico. Siempre le daba dolor de cabeza, o quizás era la compañía la que le daba dolor de cabeza. Se encogió de hombros recordando las miradas de medio lado que se lanzaban los unos a los otros cuando creían que no se daba cuenta. Miradas que decían que él era tan sólo un capricho pasajero, entretenido en pequeñas dosis, lleno de encanto fácilón. A sonreír y a aguantarlo. De todas formas, no se quedaría el tiempo suficiente como para que importara.

Sólo que sí se quedó.

Y sí que importó.

«Y ahora estoy de vuelta», pensó mientras las comisuras de sus labios carnosos esbozaban una sonrisa cruel.

Un mechón díscolo de largo cabello castaño se deslizó por su frente hasta caer sobre el ojo izquierdo; lo apartó con gesto impaciente pasándoselo por detrás de la oreja y se dirigió hacia el estrecho pasillo que llevaba hasta el dormitorio en la parte trasera de la ordenada casa. Al pasar de largo la diminuta habitación en la que ella hacía yoga y meditación, percibió el olor a incienso que emanaban las paredes, como si se tratara de una capa fresca de pintura. Su sonrisa se hizo más amplia. Para ser alguien que se esforzaba tanto por mantener la calma, era sorprendente lo tensa que estaba siempre: permanentemente dispuesta a entablar una discusión sobre cualquier nimiedad, a ofenderse cuando no era la intención de nadie afrentarla, a saltarle a los ojos ante la menor provocación. Aunque no podía negar que le divertía provocarla.

La puerta del dormitorio estaba abierta y desde el pasillo podía distinguir el contorno de sus leves caderas bajo los cobertores de algodón blanco. Se preguntó si estaría desnuda y qué haría si así fuera. La verdad es que ella no le interesaba en absoluto en ese sentido: era un tanto fibrosa de más y al mismo tiempo parecía demasiado frágil para su gusto daba la impresión de que, bajo la más mínima presión, se quebraría en sus manos. Le gustaban las mujeres de formas más suaves, más redondas, más vulnerables. Le gustaba tener algo que agarrar, algo en lo que clavar los dientes. Pero si estaba desnuda...

No lo estaba. Pudo distinguir las rayas azules y blancas de su pijama de algodón una vez estuvo dentro de la habitación. ¿Por qué no le sorprendía en absoluto que llevara un pijama de hombre?, pensó. No tenía nada de raro. Su vestimenta siempre había sido más propia de un hombre que de una chica. «Mujer», se imaginó oírlo corregirlo a medida que se acercaba a la cama de matrimonio. Una cama digna de una reina, se dijo mientras la contemplaba. Sólo que no tenía un aspecto tan regio en esos momentos: acurrucada en posición semifetal sobre el costado izquierdo, con la piel normalmente bronceada pálida por causa del sueño y el negro cabello que le llegaba hasta la barbilla aplastado sobre su mejilla derecha y metiéndosele por la boca que tenía medio abierta.

¡Si por lo menos hubiera aprendido a tener la boca cerrada!

Tal vez entonces él estaría visitando a otra persona y no a ella esa noche.

O quizá no hubiera tenido que visitar a nadie en absoluto.

El último año podría no haber ocurrido.

Pero, por supuesto, sí que había ocurrido, pensó apretando y soltando los puños mientras mantenía los brazos relajados a ambos lados de su cuerpo. Y había ocurrido, en gran medida, por culpa de Grace, a quien ahora tenía delante y que era incapaz de guardarse sus estúpidos pensamientos y opiniones para ella. Era la instigadora, la agitadora, la que había vuelto a todos en contra suya. Ella tenía la culpa de todo lo que había pasado y por tanto, esa noche, a ella correspondía que las cosas volvieran a su sitio.

Miró hacia la ventana al otro lado del dormitorio y vio la luna plateada guiñándole el ojo por entre las contraventanas blancas típicas de California. Afuera, el viento pintaba la noche con su pincel surrealista, combinando disparatadamente colores y superficies; en el interior todo era calma y silencio. Por un instante, se preguntó si cabía la posibilidad de marcharse sin que ella reparara en su presencia. Lo más probable era que fuese capaz de encontrar lo que buscaba sin despertarla. Seguramente la información que quería estaba escondida en uno de los cajones del escritorio de roble antiguo que a duras penas cabía entre la ventana y el vestidor. O tal vez estuviera a buen recaudo en su ordenador portátil. En cualquier caso, sabía que todo cuanto necesitaba se encontraba a su alcance; lo único que tenía que hacer era alargar la mano y cogerlo para luego desaparecer en la noche sin que nadie lo viera.

Pero ¿qué gracia tendría eso?

Deslizó la mano derecha en el bolsillo de su pantalón para verificar que efectivamente podía rozar con los dedos el rígido mango de la navaja. Por el momento estaba doblada y la hoja debidamente guardada en el interior de las cachas de madera. La abriría cuando llegara el momento, pero primero tenía mucho que hacer, así que más le valía ir empezando con la función, decidió mientras se sentaba con cuidado sobre la cama rozando con su cadera la de ella al hun-

dirse el colchón bajo su peso. El cuerpo de ella giró ligeramente hacia la izquierda de manera instintiva y su cabeza se inclinó levemente hacia él.

—¡Eh, Gracie! —le susurró con voz aterciopelada—. Es hora de despertarse, señorita Gracie.

Ella dejó escapar un largo gemido pero no se movió.

—Gracie —insistió él alzando más la voz.

—Mmm —masculló ella empeñándose en no abrir los ojos.

«Sabe que estoy aquí —pensó él—, sólo está jugando conmigo.»

—Gracie —gritó.

Ella abrió los ojos de golpe.

Y entonces todo pareció ocurrir en un instante: ella estaba despierta y chillaba mientras trataba de incorporarse; aquellos horribles gritos de gato despavorido le perforaban los tímpanos para luego dispersarse por toda la habitación. De manera instintiva, alargó la mano para hacerla callar rodeándole el cuello con los dedos y los gritos se convirtieron inmediatamente en gemidos a medida que él ejercía más presión sobre su laringe. Ella trató desesperadamente de coger aire mientras él la levantaba fácilmente con un solo brazo empujando su espalda contra la pared de detrás de la cama.

—Cierra la boca —le ordenó mientras ella luchaba por que los dedos de sus pies permanecieran en contacto con la cama y arañaba los guantes de látex tratando inútilmente de soltarse.

—¿Vas a cerrar la boca? —insistió él.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué ha sido eso?

Podía sentir cómo trataba de emitir un sonido de respuesta pero sólo fue capaz de lanzar un sollozo entrecortado.

—Consideraré eso como un sí —le dijo al tiempo que le soltaba el cuello poco a poco y la observaba desplomándose por la pared para caer de nuevo sobre la almohada. Le hizo gracia contemplarla hecha un ovillo, luchando por recobrar el aliento. La parte de arriba del pijama se le había subido y dejaba al descubierto parte de su espalda, en la que se marcaban claramente cada una de sus vértebras. «Sería tan fácil romperle la columna», pensó, recreándose en la ima-

gen al tiempo que la agarraba del pelo y le tiraba de la cabeza hacia atrás sin dejarle más opción que mirarlo a la cara.

—Hola, Gracie —dijo mientras observaba el movimiento desdenoso de su nariz—. ¿Qué pasa, nena? ¿Te he interrumpido en mitad de algún maravilloso sueño?

Ella no dijo nada, se quedó mirándolo con ojos llenos de terror e incredulidad.

—Sorprendida de verme, ¿no?

Gracie lanzó una mirada fugaz hacia la puerta.

—Yo que tú me olvidarías de eso —le dijo él en tono calmado—. A no ser que quieras que me enfade de verdad, claro. —Hizo una pausa—. Te acuerdas de cómo me pongo cuando me enfado de verdad, ¿a que sí, Gracie?

Ella bajó la mirada.

—Mírame. —Una vez más le tiró del pelo de manera que la cabeza de ella quedó inclinada hacia atrás, con la nuez sobresaliendo de su tenso cuello como si fuera un puño.

—¿Qué quieres? —dijo en un suspiro ronco.

A modo de respuesta, él le tiró aún con más fuerza del pelo.

—¿Acaso te he dado permiso para hablar? ¿Eh?

Ella intentó decir que no con la cabeza pero él tiraba con tanta fuerza que no podía moverla.

—Consideraré eso como un no.

Le soltó el pelo y la cabeza de ella cayó sobre su pecho, como si la hubiera guillotinado. Ahora estaba llorando, lo que lo sorprendió. No se había esperado que hubiera lágrimas, por lo menos aún no.

—Entonces, ¿qué tal te ha ido últimamente? —le preguntó él como si fuera de lo más normal—. Tienes mi permiso para contestar —añadió al ver que ella no respondía.

—No sé qué quieres que te diga —respondió por fin ella tras una larga pausa.

—Te he preguntado qué tal te ha ido —le repitió—, seguro que a eso eres capaz de responderme.

—Bien.

—¿Ah sí? Cuéntame.

—Por favor, no puedo...

—¡Claro que puedes! Se llama mantener una conversación, Gracie. Funciona así: yo digo algo y entonces tú dices algo. Si yo te hago una pregunta, tú me contestas. Y en caso de que tu respuesta no me resulte del todo satisfactoria, entonces me veo obligado a hacerte daño.

A ella se le escapó un grito.

—Así que volviendo al principio: Yo te he preguntado qué tal te ha ido últimamente, y tu respuesta no ha sido muy imaginativa que digamos: «Bien». Y entonces yo he dicho: «Cuéntame». Y ahora te toca a ti. —Se sentó en la cama inclinándose hacia ella—. Sorpréndeme.

Ella lo miraba como a alguien que ha perdido la cabeza por completo. Él ya había visto esa mirada otras veces; siempre lo enfurecía.

—No sé qué decir.

Él detectó un ligero atisbo de desafío en su voz pero decidió ignorarlo por el momento.

—Pues, bueno, empecemos por tu trabajo: ¿qué tal te va?

—Bien.

—¿Sólo bien? Creía que te encantaba dar clase.

—Me he tomado un año sabático.

—¿Sabático? Vaya, vaya. Seguro que crees que no sé lo que significa.

—Ralph, nunca he creído que fueras estúpido.

—¿Ah no? Igual son imaginaciones mías.

—¿Qué haces aquí?

Él sonrió y luego le dio una bofetada con tal violencia que la hizo caer sobre la almohada.

—¿Cuándo he dicho que fuera tu turno de hacer preguntas? No lo he dicho, ¿a que no? No, me parece que no. Siéntate —le gritó mientras ella se cubría el rostro con las manos—. ¿Me has oído? No me obligues a repetírtelo, Gracie.

Ella se incorporó hasta quedar sentada de nuevo; se cubría la mejilla enrojecida con sus dedos temblorosos; la bofetada había hecho que se desvaneciera todo vestigio de actitud desafiante.

—¡Ah, y no me llames Ralph! Nunca me gustó ese nombre, me lo cambié en cuanto salí de la cárcel.

—¿Te han soltado? —murmuró ella, y después parpadeó y se apartó ligeramente, como si tratara de evitar el siguiente golpe.

—No les quedó más remedio. No te puedes hacer una idea de cuántas violaciones de mis derechos habían cometido. —Esbozó una sonrisa mientras recordaba—. Mi abogado dijo que lo que había pasado conmigo era un caso flagrante de justicia travestida y los jueces a los que apeló no tuvieron más opción que darle la razón. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Tu sábado. Bastante aburrido, ¿no? Creo que no necesito oír nada más al respecto. Y ¿qué hay de tu vida amorosa?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué significa eso? ¿Que no tienes vida amorosa o que no me lo quieres contar?

—No hay nada que contar.

—¿No estás viéndote con nadie en estos momentos?

—No.

—Bueno, ¿por qué será que no me sorprende?

Ella permaneció en silencio con la mirada puesta en la ventana.

—Se acerca una tormenta —dijo él—. Pero nadie más.

Esbozó su sonrisa de muchacho travieso, la que solía practicar durante horas delante del espejo, la que siempre había sido garantía segura de que conseguiría tirarse a cualquier chica que quisiera. Por mucho que protestaran, ninguna era capaz de resistirse a esa sonrisa durante mucho tiempo. Por supuesto Gracie siempre había sido inmune a sus encantos. Le sonreía y ella le clavaba la mirada sin tan siquiera verlo, como si fuera transparente.

—¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo, señorita Gracie? —continuó él.

De inmediato ella se puso tensa y retrocedió.

—Me refiero a que eres una mujer razonablemente atractiva. Y joven. Aunque los años no perdonan, ¿verdad? De todas formas, ¿cuántos años tienes, señorita Gracie?

—Treinta y tres.

—¿De verdad? ¿Eres mayor que yo? No lo sabía. —Hizo un gesto de fingida incredulidad con la cabeza—. Apuesto a que hay muchas cosas que desconozco sobre ti. —Alargó el brazo y comenzó a desabrocharle los botones de la chaqueta del pijama.

—No —dijo ella sin moverse.

Él siguió con el segundo botón.

—No, ¿qué? —«Ni siquiera “por favor”. Típico de ella», pensó.

—No lo hagas.

—¿Qué pasa, Gracie? ¿Crees que no soy lo suficientemente bueno para ti? —Le desabrochó el resto de los botones de un tirón sin hacer apenas esfuerzo y la atrajo hacia él agarrándola por las solapas del pijama—. ¿Sabes que creo, Gracie? Me parece que ningún hombre es lo bastante bueno para ti; creo que tengo que enseñarte lo equivocada que estás.

—¡No, espera, esto es una locura! Acabarás en la cárcel otra vez, y eso debe ser lo último que quieres. Tienes una segunda oportunidad, eres un hombre libre, ¿para qué arriesgarte así?

—No sé, tal vez porque estás como para mojar pan con ese pijamita de tortillera puesto.

—Por favor, todavía no es demasiado tarde, aún estás a tiempo de marcharte...

—O tal vez porque si no hubiera sido por ti, no me hubiera pasado los últimos doce meses de mi vida en la cárcel.

—No puedes echarme la culpa de lo que pasó...

—Y ¿por qué no?

—Porque yo no tuve nada que ver.

—¿Ah no? ¿Acaso no pusiste a todo el mundo en contra mía?

—No hizo falta.

—No, no hizo falta. Pero no te pudiste aguantar las ganas, ¿verdad? Y mira lo que pasó. Lo perdí todo: mi trabajo, mi familia, mi libertad.

—Y claro, tú no tuviste nada que ver con todo eso —le respondió ella cortante, recuperando el tono desafiante de su voz.

—No digo que yo sea del todo inocente; tengo mal genio, lo reconozco; y a veces se me va la mano.

—Le pegabas, Ralph. Un día sí y otro también. Cada vez que la veía estaba cubierta de moratones nuevos.

—Era muy patosa; yo no podía evitar que chocara con las cosas. Gracie negó con la cabeza.

—¿Dónde está?

—¿Cómo?

—En cuanto me soltaron fui directamente a casa. Y ¿qué me encuentro? Una pareja de maricas jugando a las casitas en mi piso. Eso es lo que me encuentro. Y cuando les pregunto qué ha pasado con la anterior inquilina, me parpadean con esas pestañas embadurnadas de rímel y me cuentan que no saben *absolutamente* nada. *Absolutamente* nada —repetió él poniendo voz de falsete al pronunciar la palabra—. Así es como me lo dijo el mariconazo esmirriado, igual que si fuera la mismísima reina de Inglaterra. Estuve a punto de arrearle una hostia allí mismo. —Con una mano, la agarró de las solapas con más fuerza mientras que con la otra sacaba la navaja de su bolsillo y la abría con el pulgar—. Dime dónde está, Gracie.

Ahora ella estaba forcejeando frenéticamente, dando patadas y manotazos.

—No sé dónde está.

Él la volvió a agarrar del cuello.

—Dime donde está o te juro que te rompo el puto cuello.

—Se marchó de Miami inmediatamente después de que te metieran en la cárcel.

—¿Adónde fue?

—No lo sé. Se marchó sin decir nada a nadie.

Al oír eso, él la empujó sobre la cama y se sentó sobre ella a horcajadas al tiempo que cortaba la cinta del pantalón del pijama con la navaja mientras que su otra mano le apretaba el cuello con más fuerza.

—Tienes hasta tres para decirme dónde está. Uno... dos...

—Por favor, no lo hagas.

—Tres. —Apretó la hoja de la navaja contra su cuello mientras le bajaba el pantalón del pijama.

—No, por favor. Te lo diré, te lo diré.

Él esbozó una sonrisa, redujo la presión sobre el cuello lo justo para dejarla respirar y le puso la navaja delante de los ojos.

—¿Dónde está?

—Se marchó a California.

—¿A California?

—Para estar cerca de su madre.

—No, no haría eso. Sabe que sería el primer sitio donde se me ocurriría ir a buscarla.

—Se mudó allí hace tres meses. Pensó que después de todo este tiempo no había peligro y quería irse lo más lejos posible de Florida.

—Seguro que eso es verdad. —Él puso la mano sobre la cremallera de su pantalón—. Tan verdad como que estás mintiendo, estoy seguro.

—No estoy mintiendo.

—Seguro que sí, y se te da muy mal. —Bajó el cuchillo hasta colocárselo sobre la mejilla y dibujó con él una línea imaginaria sobre su piel que empezaba debajo del ojo y llegaba hasta la barbilla.

—¡No! —Ahora ella estaba gritando, agitándose de un lado a otro, la sangre que brotaba del corte que le había hecho en la cara manchaba la blanca funda de la almohada al tiempo que él se colocaba entre sus piernas—. ¡Te diré la verdad, te juro que te diré la verdad!

—Y ¿por qué iba a creerme ahora nada de lo que me digas?

—Porque puedo demostrarte que no miento.

—¿Ah sí? Y ¿cómo?

—Lo tengo todo escrito.

—¿Dónde?

—En mi libreta de direcciones.

—Y ¿dónde está esa libreta exactamente?

—En mi bolso.

—Estoy empezando a perder la paciencia contigo, Gracie.

—En mi bolso que está en el armario; si me dejas levantarme iré a buscarlo.

—¿Qué te parece si vamos a buscarlo juntos?

Se apartó de ella, se cerró la bragueta y la arrastró desde la cama hasta el armario. Ella lo abrió y buscó rápidamente con la mirada en

el interior mientras se agarraba el pantalón del pijama tratando de que no se le cayera. En el armario había un par de blusas estampadas en tonos azules, media docena de pantalones, unas cuantas chaquetas con pinta de caras, diez pares de zapatos como mínimo y varios bolsos de piel.

—¿Cuál de todos? —le preguntó él al tiempo que ya alargaba el brazo hacia la estantería en que estaban los bolsos.

—El naranja.

Con un movimiento rápido, él tiró del bolso haciéndolo caer al suelo.

—Ábrelo —le ordenó empujándola hasta hacerla caer de rodillas sobre la mullida alfombra blanca. Varias gotas de sangre se deslizaron por su mejilla salpicando el bolso mientras ella forcejeaba con el cierre. Otra gota fue a caer en la inmaculada superficie de la alfombra—. Y ahora dame la puta libreta de direcciones.

Gracie dejó escapar un gemido e hizo lo que le ordenaba.

Él abrió la libreta y fue pasando las páginas hasta encontrar el nombre que buscaba.

—Así que al final no se fue a California —dijo con una sonrisa.

—Por favor —dijo ella sollozando suavemente—, ya tienes lo que habías venido a buscar.

—Pero ¿qué nombre le han puesto a la calle? ¿Carretera de Mad River? —dijo él vocalizando exageradamente.

—Por favor —insistió ella—, ahora vete.

—¿Quieres que me vaya? ¿Has dicho eso?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres que me largue para que puedas llamar a tu amiga en cuanto me haya marchado y avisarla?

Ahora ella decía que no con la cabeza.

—No, yo nunca lo haría.

—Por supuesto que no. Igual que tampoco llamarías a la policía, ¿a qué no?

—No llamaré a nadie, te lo juro.

—¿De verdad? ¿Por qué será que me cuesta mucho creerte?

—Por favor...

—Me temo que no tengo elección, Gracie. Por no hablar de que, además, he estado esperando el momento de matarte casi tanto como el momento de matarla a ella. De verdad que no veo qué otra cosa puedo hacer. ¿A ti se te ocurre algo? —Sonrió, la obligó a levantarse agarrándola del brazo violentamente y le llevo la navaja a la garganta—. Da las buenas noches, Gracie.

—¡No! —gritó ella tratando con todas sus fuerzas de soltarse; consiguió darle un codazo en las costillas que lo dejó sin respiración, zafarse y salir corriendo hacia el vestíbulo. Casi había llegado a la puerta de entrada cuando su pie derecho se enredó con los bajos del pantalón del pijama haciéndola tropezar y caer sobre el parqué cuan larga era. Pese a todo, no se detuvo sino que continuó medio a rastras hacia la puerta, chillando a pleno pulmón con la esperanza de que alguien la oyera y viniera en su ayuda.

Él observó divertido cómo se precipitaba sobre el pomo de la puerta, plenamente consciente de que tenía tiempo de sobra para alcanzarla antes de que consiguiera ponerse de pie. «Desde luego hay que reconocer que es tozuda —pensó él no sin cierta admiración—, y bastante fuerte para ser una chica tan delgada.» Por no mencionar que era una amiga fiel. Pero cuando las cosas se habían puesto feas, había abandonado a su amiga en vez de someterse a las nada románticas proposiciones de él. Así que tal vez al final resultaba que no era tan buen amiga. Se merecía su suerte. Ella se lo había buscado.

Pero no tenía intención de cortarle el cuello, decidió doblando la navaja y metiéndosela de nuevo en el bolsillo en el preciso instante en que la mano de ella alcanzaba el pomo de bronce de la puerta de entrada; no, eso ensuciaría demasiado, por no hablar de que el riesgo era demasiado grande. Habría sangre por todas partes y entonces resultaría evidente que alguien no había jugado limpio y no tardarían mucho en sospechar de él, sobre todo en cuanto se dieran cuenta de que había salido de la cárcel y pensarán un poco con la cabeza.

Ella se defendió a patadas y arañazos, y sus ojos verdes le imploraron que se detuviera cuando volvió a rodearle el cuello con los dedos y comenzó a apretar. También gritaba, pero él estaba tan ab-

sorto en lo que estaba haciendo que apenas la oía. Siempre le había encantado usar las manos: era muy personal, muy físico. Nada le causaba mayor satisfacción que sentir la vida escurrirse entre sus dedos mientras abandonaba un cuerpo lentamente.

El hecho de que ella estuviera de año sabático le daba algo de tiempo: pasarían días, tal vez semanas, antes de que se denunciara su desaparición. Sin embargo, sabía de sobra que no podía contar con eso. Gracie tenía muchos amigos, quizás había quedado en reunirse con alguien para comer al día siguiente; así que no podía confiarse. Cuanto antes visitara la carretera de Mad River, mejor.

—Se me ha ocurrido que podíamos darnos un paseo en coche por la carretera de la costa —le dijo a Gracie que lo miraba con los ojos tan desorbitados que parecían a punto de estallar—. Simplemente te dejaré en algún pantano que encontremos por el camino para que los cocodrilos se encarguen de ti.

Incluso después de que los brazos de la mujer cayeran inertes a sus costados, incluso cuando ya no le cabía duda de que estaba muerta, él siguió apretando su cuello durante un minuto largo, contando en silencio los segundos antes de abrir los dedos uno a uno, y entonces esbozó una sonrisa satisfecha al contemplar el cuerpo sin vida de Gracie a sus pies. Volvió al dormitorio y quitó la funda de la almohada manchada de sangre, hizo la cama y salió de la habitación dejándola tal y como la había encontrado. Recogió el bolso del suelo, donde seguía tirado, se metió en el bolsillo un fajo de billetes y la tarjeta de crédito y se puso a buscar las llaves del coche.

—No te importa que use tu coche, ¿verdad? —le preguntó cuando estuvo de nuevo frente a la puerta de entrada y cogió en brazos el cuerpo aún caliente de Gracie. Ella lo miró con ojos fríos, sin vida. Él le sonrió—. Consideraré eso como un sí —le dijo.